

EN TORNO A LA ERRÓNEA UBICACIÓN DE SAGUNTO Y SUS ORÍGENES EN APIANO

Luciano Pérez Vilatela

Apiano de Alejandría (a. De 100- d. de 161 d. C.) fue uno de los grandes historiadores del Imperio Romano en lengua griega (GABBA, 1959: 361 s.) En su obra culmina un modo de escribir Historia, de larga tradición entre los helenos, la *Ἱστορία κατὰ γένη*, o sea, la Historia general tratada según razas o etnias, las cuales en determinado momento de su curso histórico tomaron contacto con los romanos, el pueblo conductor y que da ilación al conjunto. Su obra histórica no sólo incluye estos países (Iberia, Céltica, Iliria, Siria, etc.) sino también secciones separadas dedicadas a enemigos singularmente señalados de Roma, como Aníbal (HANN, 1972: 95 s.) o Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto, los cuales en tanto que personajes ocupan sendos libros de la "Historia Romana", sobreimponiéndose a la eventual designación de sus respectivos pueblos (el cartaginés o púnico y el pónico, respectivamente) en la concepción histórica apiana (SCHWARTZ, 1895, *RE* col. 361 s.; 363-365 principalm; GRIFFITH, 1968: 206 s., 222 s., 239; GOLDMANN, 1988: 23 s.; STEIDLE, 1983: 402 s.). El último de estos estudiosos propone una valoración "estructural" de esta forma apiana de historiar, la cual tiene su iniciador sistemático en un historiador muy anterior, Éforo de Ciumas (de la *Kyme=Cumas* de la Eólida, no de la itálica), el cual había vivido en el siglo IV a. C. (DREWS, 1963: 244 s.) y se había ocupado, en la

medida de lo posible de los pueblos de extremo Occidente, los íberos y los celtas.

De la biografía de Apiano se saben pocas cosas, pero precisamente alguno de los extremos precisables de su vida, creo que tienen una estricta relación, una suerte de hipoteca causal con los prejuicios e ideas concretas que Apiano desarrolla a propósito del asedio de Sagunto por Aníbal en 219 a. C.

La primera de ellas es una obviedad, la de ser alejandriota, es decir, en su caso concreto la de ser un heleno, un cosmopolita en una megalópolis emplazada en un país ensimismado en su propia idiosincrasia egipcia, la que desde el Bajo Imperio se irá redefiniendo como “copta” —no sin la aceptación de masivos préstamos de la lengua y *paideia* griegas, aún presentes en la Iglesia copta y en la minoría helenófona de Alejandría— El helenismo de Alejandría, la ciudad fundada por el rey-dios macedonio en Egipto, el país que lo acogió como verdadero dios viviente y en el que quiso el simpar Alejandro reposar eternamente, ha estado presente en la cultura occidental hasta casi nuestros propios días, en que floreció el delicadísimo, límpido, inmenso poeta Konstantinos Kavafis (1863-1933), que escribió obviamente en lengua griega y cuya patria espiritual estuvo entre los helenófonos de cualquier punto cardinal.

Pues bien, de la misma manera que Seferis y otras docenas de miles de helenófonos prestigiaban el Egipto, masivamente arábóno en la primera mitad de nuestro siglo, hace más de mil ochocientos años había también unas decenas de miles, probablemente varios cientos de ellos en Egipto, país cuya lengua mayoritaria era otra, ni helena, ni indoeuropea, sino derivada de la antigua lengua camítica de los faraones, mediatizada por el semita y por las aportaciones del griego koiné; total, el copto antiguo.

Pero hay más: la Alejandría de principios del siglo II d. C. Era una ciudad enorme y además había colonias y grupúsculos de

helenófonos por todo el país. Pues bien, no todos estos helenófonos tenían una misma *paideia* ni un mismo linaje. Se calcula que casi la mitad de los alejandriotas (y helenófonos, por añadidura) eran de religión judía. Alejandría era la metrópolis cultural del judaísmo tras la sublevación hebrea de 67 d. C. y la destrucción subsiguiente de Jerusalén, corazón de la revuelta en 70 d. C. por Tito, general y heredero del emperador Vespasiano.

El ambiente de los hebreos de Alejandría que experimentó Apiano fue el mismo. Durante el reinado de Trajano, los judíos egipcios y palestinos volvieron a sublevarse, cuando Apiano era todavía un jovencuelo. Así sabemos positivamente (App. fr. 19, VIERECK, ROOS) que Apiano, como griego pagano y en consecuencia de “nacionalidad” romana fue atacado y perseguido por una de estas partidas hebreas integristas, que deambulaban por Egipto, Cirenaica y Palestina.

La sublevación hebrea se cebó en los *goím*, los “gentiles” de Alejandría y otras ciudades en Palestina, pero ninguna de la categoría de ésta. Uno de los judíos alzados contra Roma, *Bar Kochbas* (o “Kojbas”, según pronunciación castellana) se autoproclamó *masiah* “mesías” en Palestina y acuñó moneda a su nombre (BARON, 1968: 104 s.) Parece que los helenófonos gentiles fueron perseguidos con más saña incluso que los romanos.

Pero ya habrá podido apreciar el lector de buena fe, que es un dato normal, habitual, rutinario más que bimilenario, el hecho del bilingüismo en una misma sociedad, un mismo estado, una misma ciudad y que en sí mismo, sólo ha ofrecido problemas de convivencia desde la invención del “nacionalismo” con señas de identidad lingüísticas a lo largo del siglo pasado por autores principalmente alemanes que inspiraron la destrucción del Imperio Austrohúngaro, la fundación de Checoslovaquia o Yugoslavia, el nazismo, el sionismo o el integrismo racista de Arana Goiri. Pero a lo largo de los últimos milenios, el pluralismo lingüístico, la falta de “normalización lingüística”, ha sido la atroz culpable de fenómenos tan

aberrantes como Calímaco, Eratóstenes, Clemente de Alejandría, Orígenes, Apiano, Kafka, Rilke, Mähler, Jakobson, Meyrink, Listz, Miloszc, Seferis, Eichenbaum, Canetti, Spinoza, León Hebreo, y horror pleno ya: de Timoneda, Guillem de Castro, Gaspar Aguilar, el deán Martí, Mayáns, M. Hernández, Azorín, G. Miró, Gil Albert, Brines, ...

Los problemas que se han planteado en las comunidades plurilingües de los anteriores milenios —excluido el siglo XX— han sido del mimo jaez que en las comunidades monolingües: motines de subsistencias; tensiones y luchas de clase o estallidos de intolerancia religiosa vg., como el que estamos tratando.

En fin, Apiano ejerció como abogado en una ciudad cosmopolita, abigarrada y culta como pocas en la Historia. Gracias a la recomendación del retórico y escritor latino Frontón (*ep. Ad Antonianum* 9; CHAMPLIN, 1974: 149 s.) ante el emperador Antonino Pío (138-161 d. C.) Apiano que se había trasladado a Roma para ejercer como *advocatus (fisci)* fue promovido, no sin oposición, al orden ecuestre (PFLAUM, 1950: 204 s.) y al cargo de *procurator Augusti* (App. *praef.* 62; GABBA, 1967: VIII s.) según nos confiesa él mismo en un pasaje del “prefacio” a su “Historia Romana”. Algunos de los reproches que se hicieron, eran manifiestamente mendaces, uno de ellos, el de ser ignaro en latín. Es falso, Apiano conocía bastante bien el latín (SCHWARTZ, 1895, col. 363 s.; HERING, 1935: 9 s.), aunque no pudiese manejarlo como un prestidigitador de la retórica, a la manera de los políticos de entonces. Parece que para su promoción a un cargo tan importante, hubo de esperar al principado de Marco Aurelio y Lucio Vero (161- 169 d. C.) —emperadores de origen hispano, aunque nacidos en Italia— como sugiere Gelzer (*Gnomon* 31, 1959, p. 180).

Durante los primeros siglos del Imperio, el cultivo de la Historia como disciplina correspondió a personajes de alta extracción, bien del orden senatorial o bien del ecuestre, como es el caso de Apiano (MILLAR, 1964: 5 y notas).

En Apiano es menor que en otros escritores griegos de la época imperial romana, y sobre todo oradores, el arcaísmo lingüístico que se traduce a veces en un gusto nostálgico por la antigua grandeza de los griegos independientes antes de los romanos (BOWERSOCK, 1969: 15 s.)

Apiano es una fuente bastante importante, aunque no fundamental para las guerras púnicas, a través de sus libros “Líbrica”, “Ibérica” y “Sobre Aníbal” (HAHN, 1972:95 s.) principalmente, pese a escribir trescientos cincuenta años después de los hechos (KLOTZ, 1936). Por lo tanto, los estudiosos contemporáneos se han ocupado con afán particular, más de sus posibles autores-fuentes que del propio texto apiano. Así Hahn (HAHN, 1982: 251-276) propone a Timágenes de Alejandría —historiador contemporáneo de Augusto— y a Nicolás Damasceno (s. I a. C.) (OTTO, *Re II A*. Col. 1515 s.; ID., *Re IX* col. 2513 s.; JACOBY *FGrH*) como autores intermediarios entre las fuentes más directas de las guerras púnicas y Apiano, siguiendo en el primero de ellos una propuesta de Alfred Klotz (KLOTZ, 1936: 113 s.)

Para un hombre educado alejandriota, el hecho de reconocer lo helénico en cualquier rincón de la ecumene, coexistiendo con las más variadas culturas era algo lógicamente esperable cuanto mayor fuere el grado de civilización alcanzado por cualquiera de tales culturas (GÓMEZ ESPELOSÍN, *ANRW* 34, 1).

La profesión de Apiano era, según queda dicho, la de abogado en ejercicio en Alejandría primero, en Roma después. Como tal profesional estaba habituado a la desigualdad ante la ley, ante los fueros personales según etnia, religión, y mayor o menor penetración de la helenidad y de la romanidad. Así, sus conciudadanos mayores habían podido constatar que los hebreos alejandriotas, helenófonos o arameohablantes habían pagado voluntariamente un impuesto peculiar, el *fiscum Iudaicum* para el sostenimiento del Templo de Jerusalem, impuesto que recaudaban frecuentemente los mismos arrendatarios de los impuestos civiles;

fuesen tales judíos ciudadanos romanos o peregrinos. Muchos griegos paganos de Alejandría eran ciudadanos romanos. Otros no. Muy pocos egipcios camíticos solían gozar de la ciudadanía romana. Había por supuesto, esclavos y libertos de diversas razas, negros incluidos. Apiano es un observador cosmopolita y además, jurídicamente impregnado hasta la médula de la tradicional desigualdad ante la ley de comunidades, familias y personas, de la preeminencia del fuero personal ante cualquier eventualidad de consideración de territorialidad. Así debía funcionar una *polis* culta y desarrollada.

Incluso el estudio de las monarquías helenísticas y singularmente la del Egipto lágida, estado fundado por sus antepasados biológicos, los colonos greco-macedónios instalados en el valle del Nilo por Alejandro y su general Ptolomeo Lago, está contemplado desde la perspectiva romana en la “Historia Romana” del alejandriota (GABBA, 1957: 339 s.; BOWIE, 1981: 199). Desde luego, Apiano no pretendió engañar a nadie mediante el título de su obra. Bowie cree advertir una cierta apatía entre los historiadores griegos de época imperial hacia la historia estrictamente contemporánea, habiendo optado por historias de personajes particulares, como Alejandro, por monografías sobre campañas militares o biografías sobre emperadores anteriores. Apiano es una de las principales excepciones, junto a Dión Casio y Herodiano, pero desgraciadamente, los libros dedicados a la historia de su propio siglo se han perdido (JACOBY, 1909: 115 s.; GABBA, 1957: 334 s.; ID, 1959: 370 s.; BOWIE, 1981: 201).

Con estos presupuestos, vamos a acceder ya al pasaje apiano que nos ocupa. Dice así:

“Los saguntinos, colonos oriundos de Zacinto, que viven a mitad de camino entre los Pirineos y el río Ebro y todos los restantes griegos que habitaban en las proximidades del llamado *Emporion* y en cualquier otro lugar de Iberia, temiendo por su seguridad personal, enviaron embajadores a Roma. El senado, que no quería que se acrecentara el poderío cartaginés, envió a su vez, embajadores a Cartago.

Y ambos llegaron al acuerdo de que el río Ebro (*Iber*) fuera el límite del imperio cartaginés en Iberia y que ni los romanos llevaran la guerra contra los pueblos del otro lado del río, súbditos de los cartagineses, ni éstos cruzaran el Ebro para hacer la guerra, y que los saguntinos y demás griegos de Iberia fueran libres y autónomos. Estos acuerdos fueron añadidos a los tratados ya existentes entre romanos y cartagineses (App. *Iber.* 7)” (Trad. SANCHO ROYO, 1980: 114-115).

En el capítulo anterior Apiano (*Iber.* 6) ha narrado cómo Asdrúbal había avanzado “desde el Océano occidental hacia el interior hasta el río Ebro, que divide Iberia poco más o menos por su mitad”. Todo este material histórico iba introduciendo al lector griego culto geográfica, diacrónicamente en progresión tensiva lógica desde la periferia hacia el centro, el corazón del Mediterráneo ubicado políticamente en la Roma imperial y mirando retrospectivamente, la amenaza parecía —era— más proveniente de Hispania que de Cartago. Por esa razón (¿) los romanos sienten la necesidad de extender su dominio a la *Iberia* de Apiano y otros griegos (RICHARDSON, 1986: 194-198).

Los estudiosos contemporáneos se han espantado ante los errores geográficos de Apiano, aunque sólo ante aquéllos susceptibles de haber producido réditos político-estratégicos. Así, Schulten (SCHULTEN, 1935: 18 y 20 s.) sistematizaba así la errabundia de Apiano: en primer lugar, que Sagunto habría estado ubicada al Norte del Ebro, equivocación que provendría según él de Fabio Píctor, un analista que procuró endilgar a los cartagineses toda la responsabilidad de la Segunda Guerra Púnica, acudiendo incluso a la mendacidad más intencionada, siguiendo a A. Klotz (KLOTZ, 1936: 45 s.; 70 s.) el erudito también alemán especializado en la Analística romana. El segundo caudal de error sería según Schulten (SCHULTEN, 1935: 20) que se habría hecho excepción de Sagunto en el llamado “tratado del Ebro”. Respecto al primer error apiano, Schulten, en estas mismas páginas recordaba que también Polibio (III, 30, 3) había situado Sagunto incorrectamente, al septentrión del Ebro. Cuando Polibio redactaba

su libro III no tenía experiencia directa sobre Iberia, puesto que su viaje a ella debe datarse hacia el 151/150 a. C. (PÉREZ VILATELA, 1989: 251 s.) y el mentado libro ya estaba redactado (MIONI, 1949: 46 s.; DÍAZ TEJERA, 1972: LXI s.)

La investigación moderna suele coincidir en culpar a Roma por el factor desencadenante de la Segunda Guerra Púnica, al haberse aliado ésta con los saguntinos después de haber firmado el tratado del Ebro (vid. UROZ, 1983: 102 s.; con bibliog.) en tanto que algunos autores sostienen que Roma no lo había tramitado con el senado cartaginés, sino con el estratega Asdrúbal de Iberia, particularmente (SANCHO ROYO, 1976: 75 s.; GÓMEZ ESPELOSÍN, *ANRW* 31, 1).

Observo que la detección de los evidentes errores de Apiano es excesivamente casuística y que, de hecho, la culpabilidad cartaginesa de la ruptura del tratado ha sido desenfocada por esa casuística de los —por otra parte sustanciales— detalles erróneos ya reseñados.

Apiano piensa en una Península Ibérica al Oeste de la Galia (de la “Céltica” en su terminología) con los Pirineos orientados de Norte a Sur (App. *Iber.* 1). Así pues los Bárquidas llevaron la conquista en sentido Oeste→Este, no Sur→Norte como sería la más importante orientación, pero además, comenzando por el litoral oceánico exterior. Ese “Océano exterior” es evidentemente el Atlántico. Sin embargo, Apiano como su mentor en la orientación geográfica, el vetusto Polibio —quien había vivido casi trescientos años antes— no concebían “Iberia” como una península, palabra que en griego se dice “quersoneso” y con esta forma ha pasado como cultismo a las lenguas neolatinas.

Apiano y Polibio pensaban en una lengua continental de Europa proyectándose hacia el Océano desconocido. Polibio (III, 37, 10 s.) pensaba que España y Portugal peninsulares formaban la mitad de Europa y que ésta quedaba separada de Asia por el río *Tanais*, el actual Don.

Dado que además en la Edad Antigua, griegos y romanos “orientaban” sus mapas en sentido literal, es decir con el oriente hacia arriba y por tanto, el occidente en el extremo inferior del mapa (GALLAZZI, KRAMER, 2000: 2 s.) lo que Apiano y sus lectores vislumbraban era una amenaza del mundo oceánico bárbaro exterior, dominado por los cartagineses “hacia el interior” o sea hacia el mar interior, connotándose esa reptación desde el inframundo oceánico poblado en el mar por las descomunales y monstruosas criaturas (*Kyprias* apud *Herodian. Technici rell.* 2, 914, Lentz; Avien. (Himilco) *ora mar.* 125-129 principalm.) y sus orillas habitadas por gentes bárbaras (Pol. III, 37, 11) con espantables costumbres que describirá Estrabón hacia el cambio de era: desconocedores del aceite, guisarán con mantequilla, allí no se cría la vid, prefieren la carne de caza... (THOLLARD, 1987: 62 s.; PÉREZ VILATELA, e. p.)

Toda esta amenaza de las fuerzas exteriores se cernía sobre una *polis* griega, al buen entender de Apiano, la de Sagunto, ciudad de los *Zakanthaioi*, cuya denominación denotaba un origen helénico, concretamente de la isla de *Zakynthos* en el Mar Jónico. Ya hemos revisado que el informador principal de esta caracterización de Sagunto debió ser un analista romano, acaso Fabio Píctor, pero —añadimos— no puede descartarse a Valerio Anciate (“el de *Antium*”, hoy Anzio), analista menos fantasioso que Píctor, debido a la concordancia de la forma empleada por Diodoro de Sicilia (XXV, 15) que es exactamente la misma *Zakanthaion* (gen. plu.) Ciertas concordancias de contenido han hecho creer a Schulten (SCHULTEN, 1935: 41) que Frontino (III, 10, 4) y acaso un pasaje de Silio Itálico (*Pun.* I, 236) proveyeran de esta misma fuente.

El primero en utilizar la forma *Ζακανθαίοι* para Sagunto fue Polibio (como gentilicio principalmente, así III, 30, 1 s., etc.) como ha estudiado R. A. Santiago (SANTIAGO, 1990: 130-131) y muestra claramente que al margen de la fuente analística que subyace tanto en el relato del alejandriota como en el del arcadio,

el introductor de la forma helénica mentada fue Polibio, y que Apiano pudo haberle seguido.

Entre tanto desconocimiento sobre la ilación y genealogía autorística, al menos podemos ser optimistas al descartar como fuente intermedia para el relato apiano sobre Sagunto a Nicolás Damasceno, que utiliza el etnónimo Ζακύνθιοι (JACOBY, *FGrH* 90, p. 395), diverso por lo tanto a la forma usada por Polibio.

No hipotequemos a la disparatada ubicación geográfica de Sagunto en la parte “hacia acá” (hacia Roma) del Ebro toda su concepción sobre la guerra de Sagunto.

Apiano, por su biografía y formación estaba dispuesto a aceptar la existencia de comunidades helénicas en cualquier rincón de la ecumene y considera, pues, a Sagunto como una *polis* griega. A los helenos de Sagunto, como a los de Alejandría o cualquier otra parte donde eventualmente pudieran haber constituido alguna comunidad, les atribuye, a tenor de la versión del “Tratado del Ebro” a la que tiene acceso, un estatuto particular, garantizado por una de las cláusulas de tal tratado, que exceptuaría de la soberanía púnica a cualesquiera de los griegos de Iberia al margen de mugas fronterizas, en este caso la del río Ebro.

La territorialidad de los “imperios” o esferas de influencia en Iberia según el curso del citado río, afectaría pues exclusivamente a los indígenas no griegos del país. Si tenemos presente esta argumentación, que está implícita en el párrafo apiano transcrito, se desvanece buena parte, si no la totalidad de la presunta malevolencia o ignorancia culpable de Apiano.

¡Pero Sagunto no era una ciudad griega! Su carácter ibérico es evidente y basta repasar la epigrafía indígena que tan bien lo patentiza. Ahora bien, nosotros mismos hemos estudiado la presencia habitual de griegos en Sagunto a propósito del plomo en caracteres jónicos y lengua ibérica, acaso adaptada a la eufonía

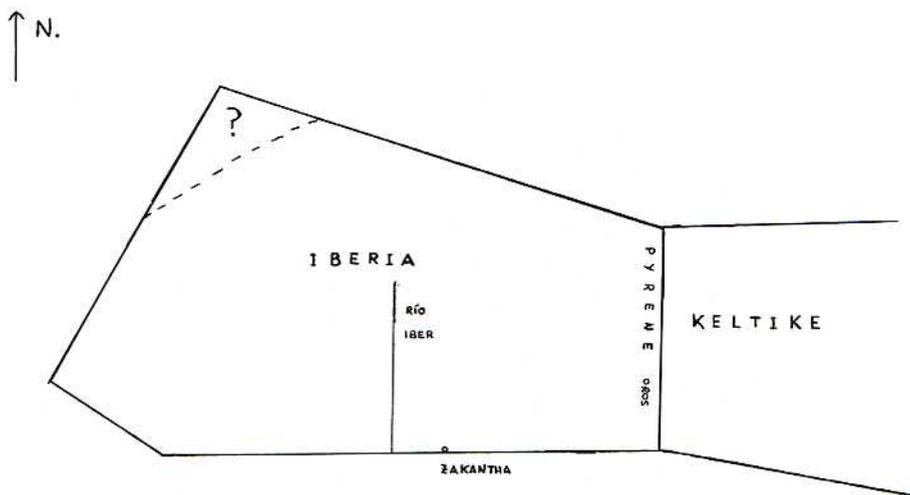


Fig. 1: La posición de Sagunto en la "Iberia" de Apiano.

griega que apareció en las cercanías de la ciudad (PÉREZ VILATELA, 1991: 17 s.; ID., 1995: 309 s.) De la misma manera, ya en época imperial se documenta un epígrafe funerario griego (DE HOZ, 1965: 78 s.) Además podemos testimoniar en la Sagunto indígena personajes que llevan onomásticos celtas escritos en signario ibérico como *Biulacos* o *Alacos* como rótulos monetales (ALBERTOS, 1965: 54 s.; VIVES, 1924-II: 19 n.º 10), incluso una "gentilidad" al modo celtibérico (PÉREZ VILATELA, 1995 *Arse*: 47 s.), aparte de antropónimos incorporados como *cognomina* a veces a las fórmulas onomásticas latinas y que son de aspecto hispanocelta muy acusado: *Antulla*, *Avita*, *Lat<ro>*, *Lupus*, *Pardus*, *Silo*, *Super<st>es*, *Ursa*, *Pindara*, *Oria*, etc., etc., obviamente todos ellos de época imperial romana (BELTRÁN LLORIS, 1980). Queda además la posibilidad de que cierto personaje de la segunda mitad del s. VI a. C. o a lo sumo, de principios del V a. C., llamado *Basped[...]* y que era "saigantheo" —probablemente "saguntino"— llevase un onomástico púnico (FERNÁNDEZ, 1992: 134; PÉREZ VILATELA, 1997: 97 s.) pero esto no es totalmente seguro: ni que *Saiganthe* o *Saigande* sean *Saguntum*, ni que *Basped[...]* sea antropónimo fenopúnico.

La idea que Apiano se hace pues de la Sagunto preanibálica es la de una polis griega en un país bárbaro, en la cual coexistían además de los helenos que formaban comunidad autónoma y definitoria del carácter de la ciudad, probablemente “bárbaros iberos”. Aníbal había vulnerado la autocracia y autonomía de estos griegos de Iberia.

En cambio es curiosa la ignorancia y desapego consiguiente que manifiesta por *Emporion* en este mismo capítulo: “... todos aquellos griegos de los alrededores del que llaman emporion...”, con lo cual Apiano no da impresión de haber comprendido que los emporitanos constituían una *polis*, dado que el *emporie* era la denominación del comercio a larga distancia de los griegos (MELE, 1979).

En definitiva Apiano juzga más la “posición política” de Sagunto que la “posición geográfica”. Y al primer carácter helénico de la ciudad —que desde luego, no estaba ausente de la misma— sólo puede extraer el corolario derivado de la eventual cláusula de exclusión de los griegos de Iberia de la territorialidad de los “imperios” cartaginés y romano, separados por el Ebro.

Ya hemos estudiado que otros autores clásicos, singularmente Silio Itálico propusieron también un origen griego zacintio para Sagunto (PÉREZ VILATELA, 1990: 23 s.)

En cuanto a otras informaciones acerca de Sagunto en Apiano, no nos ocuparemos en estas líneas pero hay un buen trabajo sobre los enemigos de los saguntinos, quienes sirvieron de pretexto a Aníbal para intervenir en el conflicto, los *turboletai* (UROZ, 1982: 173 s.)

SIGLAS

AEArq = Archivo Español de Arqueología.

AantHung = Acta Antigua Hungarica. Budapest.

- ANRW= Aufstieg und Niedergang der römischen Welt. Berlin-Nueva York.
- Arse = Arse. Boletín del Centro Arqueológico Saguntino.
- JRS = Journal of Roman Studies.
- ME = El Miliario Extravagante.
- RE = Realencyclopädie der classischen Altertumwissenschaft, ed. Por H. Pauly y G. Wissowa.

EDICIÓN Y TRADUCCIONES

- MENDELSSHON L., *Appiani Historia Romana* 2 vols., Lipsiae, 1879-1881.
- VIERECK, P., ROOS A. G., 1962: *Appiani Historia Romana*, Lipsiae. Seguimos empero la numeración tradicional, más expresiva, por libros y capítulos.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Apiano. Sobre Iberia y Aníbal*, Madrid, 1993.
- SANCHO ROYO, A., *Apiano. Historia Romana I*, Madrid, 1980.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTOS M^a L., 1965: *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca.
- BARON S. W., 1968: *Historia social y religiosa del pueblo judío. Volumen II. Época Antigua. Parte II*, Buenos Aires.
- BELTRÁN LLORIS F., 1980: *Epigrafía romana de Saguntum y su territorium*, Valencia.
- BOWERSOK G. W., 1969: *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford.
- BOWIE E. L., 1981: "Los griegos y su pasado en la segunda sofística", en M. I. Finley ed., *Estudios sobre Historia Antigua*, Madrid (ed. orig., 1974), p. 185 s.
- CHAMPLIN E., 1974: "The chronology of Fronto", *JRS* 64, p. 147 s.
- DE HOZ J., 1965: "Una inscripción griega de Sagunto", *AEAraq* XXVIII, p. 78-79.

- DÍAZ TEJERA A., 1972: *Polibio. Libro I. Capítulos 1-31*. Alma Mater. Madrid-Barcelona. Edic., traduc., introducción y notas.
- DREWS R., 1963: "Ephorus and the History writer kata genos", *American Journal of Philology* LXXXIV, p. 244 s.
- FERNÁNDEZ NIETO F. J., 1992: "Griegos y colonización griega en la Península Ibérica" en F. Chaves ed., *Griegos en Occidente*. Sevilla, p. 129-146.
- GABBA E., 1959: "Storici greci dell'imperio romano de Augusto ai Severi", *Rivista Storica Italiana* 71, p. 361 s.
- GABBA E., 1967: *Bellorum civilium liber primus*, E. Gabba ed., Florencia (2ª). Introducción y notas.
- GABBA E., ed.: *P. Viereck, A. G. Roos Appiani historia Romana*. Teubner. Lipsiae, 1962. Edición prologada, corregida y aumentada por...
- GALLAZZI C., KRAMER B., 2000: "Artemidoro en clase de dibujo. Un papiro con texto, mapa y dibujos de tiempo helenístico tardío", *ME* 72, p. 2-11.
- GOLDMANN B., 1988: *Einheitlichkeit und Eigenständigkeit der Historia Romana des Appian*. Hildesheim.
- GÓMEZ ESPELOSÍN F. J., 1993: *Apiano. Sobre Iberia y Aníbal*. Madrid. Traducción, prólogo y notas de...
- GÓMEZ ESPELOSÍN F. J., ANRW: "Apian's Iberike: Aims and Attitudes of a Greek historian of Rome", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 34, 1, Berlín-Nueva York.
- GRIFFITH G. T., 1968: "The Greek Historians", *Fifty years of Classical Scholarship*, Oxford (2ª), p. 206 s., 222 s., and *Appendix*.
- HAHN I., 1972: "Appian und Hannibal", *Acta Antiqua Hungarica* 20, p. 95-121.
- HAHN I., 1982: "Appian und seine Quellen", *Romanitas Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit*, Berlín-Nueva York, p. 251-276.
- HERING J., 1935: *Lateinisches bei Appian*. Dissertation. Lipsiae.
- JACOBY F., *FGrH: Die Fragmente der griechischen Historiker*, Leiden, 1968 (reimpr.)

- KLOTZ A., 1936: *Appians Darstellung des zweiter punischen Krieges*. Paderborn.
- LUCE T. J., 1964: "Appian's Egyptian History", *Classical Philology* 59, p. 259-262.
- MELE A., 1979: *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emfore*. Nápoles.
- MILLAR F., 1964: *A study of Cassius Dio*. Oxford.
- MIONI E., 1949: *Polibio*. Padua.
- OTTO W., RE: "Herodes", RE IX col. 2513 s.
- PÉREZ VILATELA L., 1988: "Itinerario de Polibio en Hispania Ulterior", *Actas VII Congreso Esp. De Est. Clásicos*, vol. III, Madrid, p. 251 s.
- PÉREZ VILATELA L., 1990: "El origen de Sagunto en Silio Itálico", *Arse* 25, p. 23 s.
- PÉREZ VILATELA L., 1991: "Plomo Ibérico en escritura jónica, procedente de Sagunto II: aspectos epigráficos, lingüísticos y culturales", *Arse* 26, p. 17-58.
- PÉREZ VILATELA L., 1995: "El plomo grecoibérico de Sagunto y el matiz eólico focense", *Emerita* LXIII, 2, p. 309-339.
- PÉREZ VILATELA L., 1995 *Arse*: "Una gentilidad en el ibérico saguntino", *Arse* 28-29, 1994/1995 p. 47-60.
- PÉREZ VILATELA L., 1997: "*Basped[...]* del plomo de Ampurias", *Arse* 29-30, 1996/1997, p. 97-118.
- PÉREZ VILATELA L., e. p.: *Lusitania. Etnología e Historia*, Real Academia de la Historia. Madrid.
- PFLAUM H. G., 1950: *Les procurateur équestres sous l'Empire romain*. París.
- RICHARDSON J. S., 1986: *Hispaniae. Spain and The development of Roman Imperialism 218-82 B.C.*, Cambridge.
- SANCHO ROYO A., 1980: *Apiano. Historia Romana I*. Traducción, introducción y notas. Madrid.
- SANTIAGO R. A., 1990: "En torno a los nombres antiguos de Sagunto", *Saguntum* 23, p. 123 s.

- SCHULTEN A., 1935: *Fontes Hispaniae Antiquae III. Las guerras de 237-154 a. De J. C.*, Barcelona.
- SCHWARTZ E., RE: "Appianus", RE II, 1 col. 216 s. (1895): *Griechische Geschichtsschreiber Lipsiae* (2ª) 1959 p. 361-393.
- STEIDE W., 1983: "Beobachtungen zu Appians Emphyllia", *Hermes* 111, p. 402-430.
- THOLLARD P., 1987: *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*. Bisenzona.
- UROZ J., 1982: "¿Turbuletas o Turdetanos, en la guerra de Sagunto?", *Lucentum* I p. 178 s.
- UROZ J., 1983: *La regio Edetania en época ibérica*. Alicante.
- VIVES A., 1924: *La moneda hispánica. Tomo II*. Madrid.

